

Ik ben nu in Parijs gekomen,
alleen de manier, omdat het de
het met jou die is volk fijne
je te horen oetlij feldoree her.
mont ik over het, hier lily tra

de wnt
reichte
samen
strijde
velden
het
lede te
Keter.
Juan
De die
clan
Brijj
Jame

CLÁSICOS

Diario Anne Frank

Epílogo de
Juan Domingo Argüelles

GRANTRAVESÍA

in het elent en vryheid
meten bus is fuyten jaen in
he refter in zills met. tot mo
saudig ds. ey. Doman franis noll
de weflen ins totre. zout wj.

her
out.
e, et u
tot h
lank
ogut
titit.
e her
net.
2021
met
in the
re ton
hele
2021
in alit
le n

CLÁSICOS

*Als ben mis in penskepe besen us
regio ben n, un sonke in, out,
allien d'ani' er ordat, let el milk
same vork n' strakij de pale, d'u
het met ju lie n' voluk fijw*

Diario

Anne Frank

Epílogo de
Juan Domingo Argüelles

GRANTRAVESÍA

DIARIO

Espero poder confiártelo todo como no he podido todavía hacerlo con nadie; espero también que serás para mí un gran sostén.

ANNE FRANK

Domingo, 14 de junio de 1942

El viernes 12 de junio me desperté antes de que dieran las seis, cosa comprensible, pues era el día de mi cumpleaños. Como en casa no me dejan levantarme tan temprano, tuve que contener mi curiosidad una hora más. Al cabo de cuarenta y cinco minutos, ya no podía aguantarme. Me levanté, fui al comedor, donde *Mauret*, el gato, me recibió frotando su cabeza contra mí y haciéndome mil gracias.

A las siete fui a dar los buenos días a papá y a mamá, y por fin, en el salón, pude desenvolver mis regalos. La primera sorpresa fuiste *tú*, probablemente uno de mis regalos más hermosos. Sobre la mesa había, además, un ramo de rosas, una pequeña planta y dos ramas de peonías. Éstos fueron los regalos mañaneros, a los que siguieron otros muchos durante el día.

Papá y mamá me han colmado, sin hablar de los amigos y conocidos de casa, que han sido muy amables conmigo. He recibido, entre otros regalos, un juego de salón, un rompecabezas, bombones, chocolate, un broche, los libros *Mitos y leyendas neerlandeses*, de Joseph Cohen, *La cámara oscura*, de Hildebrand, *Daisy's Bergvacantie*, un libro estupendo, y un poco de dinero que me permitirá comprar *Los mitos griegos y romanos*. ¡Magnífico!

Más tarde, Lies vino a buscarme para que fuéramos juntos a la escuela. Durante el recreo, ofrecí unas galletas a los profesores y a los alumnos, y después debimos volver a clase.

Por hoy nada más. ¡Te saludo, Diario, te encuentro maravilloso!

Lunes, 15 de junio de 1942

Ayer por la tarde tuve mi pequeña fiesta de aniversario. La proyección de una película, *El guardián del faro*, con *Rin-tin-tin*, gustó mucho a mis compañeros del colegio. Resultó todo muy bien y nos divertimos mucho. Éramos muchos. Mi madre quiere siempre saber con quién me gustaría casarme cuando sea mayor. Desde luego, no pensará más en Peter Wesel, pues a fuerza de hablarle decididamente, sin ruborizarme ni pestañear, he conseguido quitarle esta idea de la cabeza. Durante unos años he estado muy unida con Lies Goosens y Sanne Houtman. En este tiempo, conocí a Jopie de Waal en el colegio judío. Siempre vamos juntas y ella ha llegado a ser mi mejor amiga. A Lies la veo con frecuencia, pero se ha hecho muy amiga de otra niña, y Sanne, al ir a otro colegio, ha hecho también amistades.

Sábado, 20 de junio de 1942

Hace días que no escribo. Necesitaba pensar de una vez por todas lo que significa un Diario. Es para mí una sensación muy singular expresar mis pensamientos, no sólo porque no he escrito nunca todavía, sino porque me parece que, más tarde, ni yo ni nadie se interesará por las confidencias de una colegiala de trece años. En fin, la cosa no tiene ninguna importancia. Tengo ganas de escribir, y más aún, de sondear mi corazón sobre toda clase de cosas.

“El papel es más paciente que los hombres.” Esta frase me impresionó un día que me sentía invadida por una leve melancolía y me aburría mucho, con la cabeza entre las manos, demasiado malhumorada para decidirme a salir o a quedarme en casa. El papel es paciente, en efecto, y como me imagino que nadie va a preocuparse por este cuaderno con tapas de cartón dignamente titulado *Diario*, no tengo la

intención de darlo a leer nunca, a menos de que encuentre en mi vida al *Amigo* o la *Amiga* a quien pudiera enseñarlo. He llegado al punto de partida, a la idea de empezar un Diario: no tengo ninguna amiga.

A fin de ser más clara, me explicaré más. Nadie querrá creer que una muchachita de trece años se encuentra sola en el mundo. Claro está que esto no es del todo verdad: tengo unos padres a los que quiero mucho y una hermana de dieciséis años; tengo, además, unas treinta compañeras y entre ellas algunas, digamos, amigas; tengo admiradores que me siguen con la mirada, y los que en clase están mal colocados para verme, intentan captar mi rostro por medio de espejitos de bolsillo.

Tengo otra familia, tíos y tías que me tratan con cariño, un hogar grato; en fin, en apariencia no me falta nada, excepto la Amiga. Con mis compañeras me limito a divertirme: no puedo hacer otra cosa. Las conversaciones versan sobre banalidades, y esto incluso con mis amigas, pues no existe la posibilidad de intimar, ésta es la cosa. Quizás esta falta de confianza sea un defecto mío, pero, sea como sea, estoy ante un hecho que lamento no poder ignorar.

Ésta es la razón de ser de este Diario. En él no me limitaré, como hacen muchas, a anotar simplemente los hechos. Mi Diario va a personificar a la Amiga, la Amiga que espero siempre. Y se llamará Kitty.

Kitty no me conoce aún, y por ello debo contarle a grandes rasgos la historia de mi vida. Mi padre era un hombre de treinta y seis años cuando se casó con mi madre, que tenía veintiocho. Mi hermana Margot nació en 1926, en Fráncfort del Meno. Yo, el 12 de junio de 1929. Nuestra condición de judíos cien por cien nos obligó a emigrar a Holanda en 1933, donde mi padre fue nombrado director de

Travies N. V., empresa asociada con la Kolen y Cía., de Ámsterdam. Las dos razones sociales, de las que mi padre poseía acciones, estaban domiciliadas en el mismo edificio.

Desde luego, al verse nuestra familia bajo la férula de las disposiciones hitlerianas contra los judíos, la vida nos deparó bastantes sobresaltos. A consecuencia de las persecuciones de 1938, mis dos tíos maternos consiguieron huir y llegar sanos y salvos a Estados Unidos. Mi abuela, que a la sazón contaba con setenta y tres años de edad, se reunió con nosotros. Después de 1940, la situación empeoró rápidamente. En primer lugar, la guerra, la capitulación y la invasión alemana, que para nosotros significaba la miseria. Las medidas contra los judíos se sucedían una a otra. Los judíos se vieron obligados a llevar la estrella distintiva, a ceder sus bicicletas. Se les prohibió subir a los tranvías y conducir coches. Debían hacer sus compras exclusivamente en los almacenes señalados con el distintivo de "tienda judía", únicamente de tres a siete de la tarde. Se les prohibió salir de casa después de las ocho de la noche e incluso pasear por sus propios jardines o quedarse en casa de algún amigo. Se les prohibió ir al teatro, al cine o a cualquier lugar de diversión. Se les prohibió practicar cualquier deporte en público; no se les permitió entrar en las piscinas, en las pistas de tenis y de hockey, ni en ningún otro lugar de entrenamiento. Se les prohibió frecuentar a los cristianos. Se les obligó a asistir a las escuelas judías; todo ello sin contar con muchas otras restricciones de esta clase.

Y así seguimos malviviendo, sin poder hacer esto ni aquello ni lo de más allá. Jopie suele decirme: "No me atrevo a hacer nada por miedo de que esté prohibido". Nuestra libertad ha sido objeto de severas restricciones; sin embargo, la vida aún se puede soportar.

Mi abuela murió en enero de 1942. Nadie sabe cuánto pienso en ella y lo mucho que la quiero todavía.

Ingresé en la clase de preescolar de la Escuela Montessori en 1934, y seguía asistiendo a ella. Al alcanzar la clase 6 B, tuve como profesora a la directora del establecimiento, la señora K. A fin de curso, lloramos las dos en una emotiva despedida. En 1941, mi hermana Margot y yo ingresamos en el Instituto judío de Segunda Enseñanza.

Nuestra reducida familia de cuatro personas no tuvo demasiados motivos de queja. Así llegamos hasta el día de hoy.

Sábado, 20 de junio de 1942

Querida Kitty:

Heme aquí dispuesta: hace buen tiempo y reina la calma. Mis padres han salido y mi hermana Margot está con otros compañeros en casa de una amiga suya, jugando al ping-pong.

Yo también practico mucho el ping-pong en estos últimos tiempos. Mis compañeros de juego son muy aficionados a los helados, sobre todo en verano, cuando el juego nos hace sudar a chorros. Entonces la partida acaba generalmente en la pastelería más próxima —autorizada para los judíos, claro—, es decir, en casa Delphes o en el Oasis. Casi nunca debemos preocuparnos por el dinero, pues acude tanta gente al Oasis, que casi siempre se encuentra un señor, o un admirador de nuestro extenso círculo de amistades, que nos ofrece helados sin cobrar.

Probablemente te sorprenderá oír hablar de admiradores a una muchacha de mi edad. ¡Válgame Dios! Hay que resignarse a lo que parece constituir un mal inevitable de

nuestra escuela. Un compañero me pregunta si le permito acompañarme a mi casa en bicicleta; empezamos a hablar por el camino y nueve de cada diez veces se trata de un muchacho con la fastidiosa costumbre de inflamarse en el acto, y se pone a mirarme insistentemente. Al poco rato, la pasión disminuye por la sencilla razón de que yo no hago caso de sus ardientes miradas y sigo pedaleando a buena marcha. Si se da el caso de que el joven se precipite y pida permiso para “hablar con papá”, me inclino un poco en mi bicicleta, dejo caer mi bolso y el pretendiente se ve obligado a pararse para recogerlo, cosa que yo aprovecho para cambiar de conversación.

Te he puesto uno de los más inocentes ejemplos. Los hay, naturalmente, que me envían besos o intentan tomarme del brazo. Éstos se equivocan. Yo me apeo y les digo sin rodeos que puedo prescindir muy bien de su compañía, o me hago la ofendida y les ruego que me hagan el favor de marcharse.

Y con esto creo que han quedado sentadas las bases de nuestra amistad. Hasta mañana.

Tuya,
ANNE

Domingo, 21 de junio de 1942

Querida Kitty:

La quinta clase entera está temblando en espera de la junta de profesores. La mitad de la clase se dedica a apostar sobre los alumnos o las alumnas que van a aprobar los exámenes. Miep de Jong y yo nos partimos de risa ante nuestros vecinos de clase Win y Jacques, que han apostado

uno contra otro todo el dinero del que van a disponer para sus vacaciones. Todo el día están con las mismas: “Vas a aprobar”. “No.” “Sí.” Ni las miradas que Miep les dirige suplicando que se callen, ni mis accesos de cólera, bastan para calmar a aquellos dos energúmenos.

A mi entender, la cuarta parte de la clase debería quedar para septiembre, dada la cantidad de asnos que hay en ella, pero los profesores son la gente más caprichosa del mundo y, a lo mejor, por una vez les da por el capricho de sentirse generosos.

Por lo que se refiere a mis amigos y a mí, no me da ningún miedo: creo que aprobaremos. En matemáticas no estoy muy fuerte, la verdad; pero, en fin, esperaremos y procuraremos, mientras tanto, darnos ánimos mutuamente.

Mis relaciones con los profesores, nueve en total, siete hombres y dos mujeres, son bastante buenas. El viejo profesor de matemáticas, el señor Kepler, estuvo enfadado conmigo bastante tiempo porque yo no dejaba de hablar durante sus explicaciones: tras repetidas advertencias me castigó. El castigo consistió en mandarme escribir un ensayo sobre el tema: “La parlanchina”. ¡Una parlanchina! ¿Qué se podía decir sobre el particular? ¡Bueno, más tarde pensaría en ello! Anoté el tema en mi cuaderno y traté de permanecer callada.

Por la noche, en casa, después de haber acabado mis deberes, vi la nota del castigo. Me puse a pensar, mordiendo la punta de mi estilográfica. Podía llenar las páginas que me había impuesto mi profesor con algunas ideas expresadas en letra grande y separando mucho las palabras, claro. Pero lo que yo quería era demostrar la necesidad de hablar. Seguí pensando, y de pronto, ¡*eureka!* Me sentí satisfecha de poder llenar las páginas sin gran esfuerzo. El argumento era el siguiente: ser parlanchina es

un defecto femenino del que yo bien quisiera corregirme todo lo posible en vista de la imposibilidad de deshacerme del todo de él, pues mi madre habla tanto como yo, si no más. Por consiguiente, como se trataba de un defecto hereditario, poco podía hacer.

Mi argumentación hizo reír al señor Kepler, pero cuando en el curso siguiente volví a las andadas, me castigó con un segundo tema a desarrollar: “Una parlanchina incorregible”. Cumplí el castigo y el señor Kepler no tuvo motivo de queja durante dos clases. A la tercera, me pasé de la raya.

—Anne, me veo obligado a imponerle un nuevo castigo por habladora. Va usted a desarrollar el tema: “La cotorra”.

La clase entera soltó la carcajada, y yo con ella, como es natural. Pero ya sabía yo que mi imaginación no daba más de sí con respecto al tema. Tenía que encontrar algo original. Tuve la suerte de que mi amiga Sanne, buena poeta, se prestase a redactar el tema por mi cuenta, de cabo a rabo. Me puse a saltar de gozo. Si el señor Kepler quería ponerme en evidencia ante la clase, se iba a encontrar con la horma de su zapato.

El tema en verso resultó magnífico. Se trataba de un pato y una pata, con sus tres patitos, y éstos, por meter demasiado alboroto con sus cua-cuá, fueron muertos a mordiscos por su padre. Por fortuna, la broma fue del gusto del señor Kepler, que la leyó ante nuestra clase y ante otras varias y la comentó favorablemente.

Después de este acontecimiento, no volví a ser castigada por hablar. Al contrario, el señor Kepler es siempre el primero en gastar alguna broma sobre el tema.

Tuya,

ANNE

Miércoles, 24 de junio de 1942

Querida Kitty:

¡Qué bochorno! Nos estamos asando, nos ahogamos y todo el mundo anda con la lengua de fuera. Lo peor del caso es que me veo obligada a ir a pie a todas partes. Ahora empiezo a comprender lo maravilloso que es un tranvía, pero los judíos nos vemos privados de este placer. El único medio de locomoción que se nos permite es el de nuestras piernas. Ayer por la tarde tuve que ir al dentista, que vive en la calle Jan Luykens, bastante lejos de la escuela. Al volver, casi me dormí en clase. Por fortuna, se está generalizando la moda de invitar a tomar algún refresco y la ayudante del dentista es verdaderamente gentil.

Todavía se nos permite el acceso a las barcas que hacen la travesía del río. En el muelle Joseph Israels, una pequeña embarcación presta servicio, y el barquero accedió a pasarnos. La miseria en que se ven sumidos los judíos no puede achacarse en modo alguno a los holandeses.

Desde que me robaron mi bicicleta el día de Pascua y la de mi madre fue confiscada para los cristianos, no me gusta ir a la escuela. Felizmente las vacaciones están cerca. Sólo me queda una semana de sufrimiento, que será pronto olvidada.

Ayer por la mañana tuve una grata sorpresa. Al pasar por delante de un garaje de bicicletas, oí que alguien me llamaba. Me volví, era un simpático muchacho que estaba la víspera en casa de mi amiga Eva y que no me había pasado desapercibido. Se acercó tímidamente y se presentó: Harry Goldman. Como no sabía a ciencia cierta de qué se trataba, me quedé algo sorprendida. Muy sencillo: quería acompañarme a la escuela.

—Si sigue usted el mismo camino, no tengo inconveniente —le dije.

Y nos pusimos en marcha. Harry tiene ya dieciséis años y es bastante divertido. Su conversación es amena. Esta mañana estaba parado en el mismo lugar. No veo la razón de que no venga a esperarme en lo sucesivo.

Tuya,
ANNE

Martes, 30 de junio de 1942

Querida Kitty:

Hasta hoy no he tenido un momento para escribir. El jueves por la tarde estuve en casa de unos amigos. El viernes tuvimos visitas, y así hasta hoy. Mi amistad con Harry ha ido adelantando durante la semana: empezamos a conocernos. Me ha contado una buena parte de su vida. Llegó a Holanda solo y vive en casa de sus abuelos. Sus padres viven en Bélgica.

Harry tenía un flirt: Fanny. Yo la conozco: es un modelo de dulzura y de pesadez. Desde que nos encontramos, Harry se ha dado cuenta de que la presencia de Fanny era una invitación al sueño. Yo le sirvo de despertador o de estimulante, como quieras. No se sabe nunca para qué se puede servir en la vida.

El sábado por la noche, Jopie se quedó a dormir en mi casa, pero el domingo por la tarde se fue a casa de Lies, mientras yo pasaba una tarde mortalmente aburrida. Habíamos quedado en que Harry iría a verme, pero a eso de las seis me llamó por teléfono. Contesté yo misma y le oí decir:

—Soy Harry Goldman. ¿Puedo hablar con Anne?

—Soy yo, Harry.

—Buenos días. ¿Cómo estás?

—Bien, gracias.

—No voy a poder ir a tu casa, lo lamento, pero tengo algo que decirte. ¿Te parece bien que nos encontremos en la puerta de tu casa dentro de diez minutos?

—Bien. Hasta al rato.

—Hasta al rato.

Colgué. Me cambié de ropa en un momento y me arreglé un poco el pelo. Acto seguido, me asomé a la ventana, hecha un manojo de nervios. Por fin lo vi llegar, y por un milagro no me precipité escaleras abajo. Me contuve hasta que oí el timbre. Bajé yo misma a abrirle la puerta, y él fue derecho al asunto.

—Oye, Anne. Mi abuela cree que eres demasiado joven para ser amiga mía y me ha recomendado que vuelva con Fanny Leurs. Pero tú ya sabes que he roto con Fanny.

—No, no lo sabía. ¿Se pelearon?

—No, al contrario. En vista de que no nos entendíamos, le dije a Fanny que era inútil que siguiéramos viéndonos; le dije también que podía ir a mi casa cuando quisiera y que yo esperaba seguir yendo a la suya, como un buen compañero. Yo tenía la impresión de que ella frecuentaba, como se dice, a otro muchacho, y por esto traté el asunto con cierto desapego. La cosa resultó no ser cierta y entonces mi tío me dijo que debía presentar excusas a Fanny, pero no quiero. Por eso he roto con ella. Bien, ésta es una de las muchas razones que hay. Mi abuela insiste en que salga con Fanny y no contigo, pero yo no quiero. Los viejos están chapados a la antigua, ¿qué le vamos a hacer? Yo necesito a mis abuelos, desde luego, pero en cierto modo ellos me necesitan a mí... Yo tendré libres las tardes de los

miércoles. Mis abuelos creen que asisto a clase de talla en madera, cuando en realidad voy a un club del movimiento sionista, cosa que mis abuelos no me permitirían porque están en contra del sionismo. Sin ser ningún fanático, este movimiento despierta algo en mí, y me interesa. Pero en estos últimos tiempos hay tal barullo en ese club que me parece que voy a dejarlo. Iré por última vez el próximo miércoles. En este caso, podría verte los miércoles por la tarde, los sábados después de comer y al anochecer, y los domingos por la tarde, incluso con mayor frecuencia.

—Pero si tus abuelos se oponen, tendrás que mentirles.

—En el amor nadie manda, ésta es la cosa.

Habíamos andado un buen rato juntos. Al pasar por la librería de la esquina, vi a Peter Wesel hablando con dos amigos suyos. Era la primera vez que me saludaba en mucho, muchísimo tiempo, y esto me produjo una verdadera alegría.

Seguimos deambulando por las calles Harry y yo, y, al fin, nos pusimos de acuerdo para una cita: yo estaría el día siguiente, a las siete menos cinco de la tarde, delante de su casa.

Tuya,
ANNE

Viernes, 3 de julio de 1942

Querida Kitty:

Harry vino ayer a mi casa para conocer a mis padres. Yo había comprado una tarta, bizcochos y bombones para el té. No faltaba nada, pero ni Harry ni yo podíamos estar mucho tiempo sentados el uno al lado del otro, así es que salimos a

dar un paseo. Cuando me dejó en la puerta de mi casa eran ya las ocho y diez minutos. Mi padre se enfadó mucho y me dijo que yo no tenía el derecho de volver tan tarde, en vista del peligro que para los judíos suponía encontrarse fuera de casa después de las ocho. Me hizo prometer que en lo sucesivo estaría de vuelta a las ocho menos diez.

Mañana estoy invitada a ir a su casa. Mi amiga Jopie me fastidia sobre el asunto de Harry. En realidad, no estoy enamorada, pero creo que tengo derecho a tener amigos. Nadie encuentra nada extraordinario en el hecho de que tenga un compañero, o, como dice mi madre, un “adorador”.

Eva me ha contado que una tarde que Harry estaba en su casa, le preguntó: “¿Quién te gusta más, Fanny o Anne?”. Él le contestó: “Esto no te importa”. Ya no tuvieron ocasión de volver a hablar en el resto de la velada, pero al marcharse, él le dijo: “Si de verdad quieres saberlo, te diré que la preferida es Anne, pero no se lo digas a nadie. Hasta la vista”. Y se fue.

Mil detalles revelan que Harry está enamorado de mí. Esto me divierte y en cierto modo me transforma. Margot diría de él: “Es un buen muchacho”. Esto creo yo también, y algo más. Mi madre no se cansa de alabarlo: es un muchacho apuesto, bien educado y muy amable. En mi casa todos lo elogian y esto me gusta. Por su parte, Harry corresponde. Encuentra que mis amigas son unas chiquillas, y no se engaña.

Tuya,

ANNE

*Domingo, 5 de julio de 1942,
por la mañana*

Querida Kitty:

La ceremonia de fin de curso, celebrada el pasado viernes en el teatro judío, estuvo muy bien. Mis notas no son malas: una asignatura suspendida, un 5 en álgebra, 6 en dos asignaturas más, y el resto un 7 y dos 8. En casa se alegraron, pero por lo que se refiere a las notas buenas o malas, mis padres reaccionan de una manera diferente a los demás. Se despreocupan de ellas, al parecer, y les basta con que mi salud sea buena, que no me porte como una muchacha insolente, aunque tenga el derecho de divertirme. Dicen que lo demás ya se irá arreglando por sí solo. Esto es lo que creen. Yo no opino así: quiero ser buena alumna, toda vez que he sido admitida provisionalmente en el Instituto de Segunda Enseñanza, pues perdí un año al salir de la Escuela Montessori. Ello fue debido a la orden de transferir a todos los alumnos judíos a las escuelas judías, aunque el director, después de haber hablado del asunto, nos admitió a Lies y a mí con ciertas condiciones. No quisiera decepcionarlo. Como de costumbre, las notas de Margot son brillantes. Si en el Instituto existiera la "Matrícula de Honor", seguro que la hubiera obtenido. ¡Qué cabezota!

En estos últimos tiempos, mi padre se queda a menudo en casa. Oficialmente está retirado de los negocios. Para él, la sensación de sentirse inútil debe ser muy desagradable. El señor Koophuis se ha puesto al frente de la casa Travies, y el señor Kraler, de la Kolen y Cía. El otro día, paseando por nuestro barrio, mi padre empezó a hablar de un escondrijo.

—Para nosotros va a ser muy difícil vivir separados por completo del mundo exterior —dijo.

—¿Y qué razón hay para hablar ya de esto? —le pregunté.

—Oye, Anne —me contestó—, tú sabes bien que desde hace un año estamos trasladando muebles, vestidos y suministros a las casas de algunos amigos. Debemos evitar que nuestros bienes caigan en manos de los alemanes y, lo que es más importante, hemos de evitar caer nosotros mismos. No vamos a esperar a que vengan a buscarnos, como es probable que pase, y por esto debemos estar dispuestos a marcharnos de casa.

—¿Y cuándo va a ser? —le pregunté.

Las palabras y el semblante grave de mi padre me habían llenado de angustia.

—No te alarmes. Ya nos ocupamos de todo. Procura divertirte y aprovecha mientras tengas todavía ocasión de hacerlo.

Esto fue todo. Dios quiera que estos sombríos proyectos no sean una realidad... demasiado pronto...

Tuya,

ANNE

Miércoles, 8 de julio de 1942

Querida Kitty:

Me parece que han pasado años entre el domingo por la mañana y hoy. Los acontecimientos se han precipitado, como si el mundo entero se hubiera vuelto al revés. Sin embargo, Kitty, ya ves que sigo viviendo, y esto es lo principal, como dice mi padre.

Sigo viviendo, efectivamente, pero no me preguntes dónde ni cómo. No comprendes nada, ¿verdad? Bien, voy a explicarte enseguida lo que ha ocurrido desde el domingo por la tarde.

A las tres, cuando Harry acababa de marcharse, llamaron a nuestra puerta. Yo no lo oí, pues estaba leyendo en la veranda, perezosamente tendida al sol en una butaca. De pronto, Margot apareció, visiblemente alterada, en la puerta de la cocina.

—Papá ha recibido una citación de las S.S. —murmuró—. Mamá acaba de irse a casa del señor Van Daan.

Van Daan es un colega de papá y amigo de casa. Yo me asusté, pues nadie ignora el significado de una citación. Por mi cabeza desfilaron campos de concentración y celdas solitarias. ¿Íbamos a dejar que se llevasen a papá?

—Naturalmente, papá no se presentará —dijo Margot mientras esperábamos el regreso de mamá, las dos en nuestro cuarto.

—Mamá ha ido a casa de los Van Daan para ver si mañana mismo podemos trasladarnos al lugar elegido para escondernos. Los Van Daan se ocultarán con nosotros y en total seremos siete.

Permanecimos calladas, incapaces de pronunciar una sola palabra, pensando en nuestro padre, que, desde luego, temía lo que iba a ocurrir y había ido a visitar a unos ancianos que residían en el Asilo judío. No nos dejaban hablar la espera, la tensión y el calor.

De pronto, llamaron a la puerta.

—Debe ser Harry —dije.

—No abras —dijo Margot deteniéndome.

No hice caso porque pudimos oír a mamá y al señor Van Daan hablando con Harry antes de entrar y después cerrar la puerta tras ellos. Cada vez que sonaba el timbre, Margot bajaba sin hacer ruido, o bajaba yo para ver si era papá, pues no pensábamos abrir a nadie más.

Como el señor Van Daan deseaba hablar a solas con mi madre, Margot y yo nos vimos obligadas a salir de la

habitación. En nuestro cuarto, Margot me confesó que, en realidad, la citación no iba dirigida a papá, sino a ella. Me entró miedo y empecé a llorar. Margot tiene dieciséis años. Con ello quedaba claro la intención de llevarse a las muchachas de su edad. Mamá ha dicho que, desde luego, Margot no se marchará. Cuando mi padre me hablaba de nuestro escondite, seguramente debía aludir a esta eventualidad.

¿Adónde iríamos a escondernos? ¿Sería en una casa en la ciudad, o en una choza en el campo? ¿Y cuándo? ¿Y cómo? No me atrevía a preguntar nada, aunque la curiosidad no dejaba de asaltarme. Margot y yo guardamos lo estrictamente indispensable en nuestras carteras. Por mi parte, lo primero que puse fue este cuaderno, luego mis rulos para el cabello, pañuelos, libros de texto, peines y cartas viejas. Estaba obsesionada por la idea de que íbamos a escondernos y empaqueté las cosas más inverosímiles. No lo lamento, pues tengo en más estima mis recuerdos que mis vestidos.

Por fin, a las cinco llegó mi padre. Telefoneamos al señor Koophuis para rogarle que viniera a nuestra casa aquella misma tarde. Van Daan fue a buscar a Miep, que está empleada en el despacho de mi padre desde 1933 y se ha convertido en una gran amiga nuestra, lo mismo que Henk, con quien se casó hace poco. Miep vino y se llevó un bolso lleno de zapatos, calcetines, ropa interior, trajes y abrigos, y prometió volver por la tarde. Después, la casa quedó sumida en una profunda calma. Ninguno de nosotros cuatro tenía apetito, hacía calor y todo parecía extraño. Habíamos alquilado una gran habitación del primer piso a un tal señor Goudsmit, un divorciado que pasaba de los treinta años. Aquella tarde parecía no tener nada que hacer y no pudimos desembarazarnos de él hasta pasadas las seis, a pesar de

las reiteradas indirectas que le dirigimos con la idea de echarlo antes. Miep y Henk van Santen llegaron a eso de las once, para volver a salir a medianoche cargados de calcetines, zapatos, libros y ropa interior, que embutimos en un bolso de Miep y en los amplios bolsillos de Henk. Yo estaba extenuada y me dormí inmediatamente, aun cuando me daba cuenta de que era la última noche que dormía en mi cama. Mamá me despertó el día siguiente a las cinco y media de la mañana. Afortunadamente, gracias a una lluvia tibia que no debía cesar en todo el día, el tiempo era más fresco que el domingo. Cada uno de nosotros se vistió como para emprender una expedición al Polo Norte, tal era la cantidad de vestidos que llevábamos encima. En aquellas circunstancias, ningún judío se hubiera atrevido a salir de su casa con una maleta. Yo me había puesto dos camisas, tres calzones, un vestido y una falda encima, una chaqueta y un abrigo de entretiempo, dos pares de calcetas, unas botas, una boina, un chal y no recuerdo qué otras cosas más. Me ahogaba ya antes de salir, pero no hacía caso de ello.

Margot había salido en bicicleta, con la cartera llena de libros de texto, para seguir a Miep hacia el lejano destino que no conocíamos. Yo seguía ignorando dónde se encontraba el misterioso lugar que iba a ser nuestro refugio. A las siete y media cerramos la puerta de la casa. Me despedí del único ser viviente que quedaba allí, el gato, que iba a refugiarse en casa de unos vecinos, según las instrucciones que dejamos escritas en una carta para el señor Goudsmit.

En la cocina dejamos medio kilo de carne para el gato y la vajilla para el desayuno, y quitamos las sábanas y las colchas de las camas, pues queríamos dar la sensación de una marcha precipitada. Pero la impresión que pudiera

producir la casa no tenía mucha importancia para nosotros; lo que nos importaba era partir y llegar a buen puerto.

Mañana continuaré.

Tuya,

ANNE

Jueves, 9 de julio de 1942

Querida Kitty:

Nos pusimos en camino bajo una lluvia persistente. Papá y mamá, cada uno con un bolso de compras atiborrado de toda clase de provisiones, y yo con mi cartera llena a rebosar.

Los obreros madrugadores nos contemplaban con un aire de lástima, y sus rostros reflejaban la pena que les causaba no poder ofrecernos medio alguno de locomoción. Nuestra estrella amarilla bastaba para impedirselo.

Por el camino, mis padres me fueron revelando poco a poco la historia de nuestro escondite. La fecha prevista para nuestra voluntaria desaparición era el 16 de julio, pero desde hacía ya algunos meses habían mandado trasladar allí parte de nuestros muebles, pieza a pieza, y asimismo ropa para el servicio de la casa y vestidos. A causa de la citación tuvimos que anticipar la marcha diez días, de modo que íbamos a tener que conformarnos con una instalación más rudimentaria. El escondite se hallaba en el edificio donde estaban las oficinas de mi padre. Esto es algo difícil de comprender si previamente no se está al corriente de las circunstancias; por esto voy a procurar explicarlo. El personal que trabajaba con mi padre no era muy numeroso: los señores Kraler y Koophuis, Miep y, por último, Elli

Vossen, una mecanógrafa de veintitrés años. Todos ellos estaban al corriente de nuestra llegada. El padre de Elli, el señor Vossen y los dos hombres que lo secundaban en el almacén no habían sido puestos al corriente de nuestro secreto.

La disposición del inmueble es la siguiente: en la planta baja, un gran almacén que sirve también de depósito. Al lado de la puerta del almacén está la de la entrada principal de la casa, tras la cual una segunda puerta da acceso a una pequeña escalera (A). Subiendo por ella se encuentra una puerta cuya parte superior es de vidrio deslustrado donde tiempo atrás campeaba un rótulo en letras negras: *Despacho*. Es, en efecto, el despacho que da sobre el canal, una habitación espaciosa y clara cuyas paredes aparecen ocupadas por archiveros, y demasiado llena de muebles para el personal reducido que trabaja en ella durante el día, tres en total: Elli, Miep y el señor Koophuis. A través de una especie de vestidor, donde está la caja fuerte y un armario que contiene material de oficina, se llega a una habitación pequeña y oscura que da al patio; en ella trabajaban antes los señores Kraler y Van Daan, pero ahora es del exclusivo dominio del señor Kraler. Hay otro acceso a este despacho, una puerta encristalada, que se halla al final del vestíbulo y se abre desde el interior del despacho, pero no desde el exterior.

Por otra salida del mismo despacho se va a parar a un estrecho pasadizo, en el que se encuentra la carbonera, y al final, subiendo cuatro peldaños, se llega por fin a un digno santuario orgullo de la casa, en cuya puerta se puede leer: *Privado*. En la habitación a que da acceso se pueden contemplar unos muebles suntuosos y oscuros, el piso cubierto con unas hermosas alfombras, una lámpara magnífica y un aparato de radio, todo de primera calidad. Al

lado de esta habitación hay una espaciosa cocina con dos hornillas de gas y una caldera para el baño. Al lado de la cocina, los baños. Éste es el primer piso.

Partiendo del corredor de la planta baja, se sube por una escalera de madera blanca (B), hasta un descansillo que forma un corredor, con puertas a derecha e izquierda; las de la izquierda dan acceso a la parte delantera de la casa, en la que hay unas grandes habitaciones que sirven de almacén y de depósito, con un desván y una buhardilla en la parte anterior. Se llega también a las habitaciones de delante por una segunda puerta de entrada (C), subiendo por una escalera muy empinada, característica de las casas holandesas, y muy a propósito para romperse los brazos y las piernas.

La puerta de la derecha conduce a las habitaciones del anexo, que dan sobre el jardín. Nadie sospecharía que detrás de esta puerta pintada de gris hubiera tantas habitaciones. Se llega a ella subiendo algunos peldaños, y al abrirla se entra en el anexo.

Frente a esta puerta hay una escalera muy empinada; a la izquierda, un corredor lleva a la estancia que desde ahora va a ser el hogar de los Frank, y al mismo tiempo el dormitorio del señor y la señora Frank. Al lado de ésta, otra habitación más reducida se ha transformado en el cuarto de estudio y dormitorio de las señoritas Frank. A la derecha de la escalera hay una habitación sin ventana alguna, con una pila para lavarse, y un pequeño reducto con un lavabo. Una puerta da acceso a la habitación que voy a compartir con Margot.

Al abrir la puerta del rellano del segundo piso, uno se queda sorprendido de encontrar tanto espacio y tanta luz en el anexo de una casa tan vieja. Las casas que bordean los canales de Ámsterdam son las más antiguas de la villa. La

habitación servirá de dormitorio del matrimonio Van Daan y, además de cocina, sala de estar, comedor y estudio o taller. Es muy espaciosa y hasta ahora había servido de laboratorio. Hay un horno de gas y un fregadero. Otra pequeña habitación, que en realidad es un pasadizo, va a constituir el dominio de Peter Van Daan. En esta parte trasera de la casa, hay también un desván y una buhardilla. Tengo, pues, el honor de introducirte en nuestro suntuoso anexo.

Tuya,
ANNE

Viernes, 10 de julio de 1942

Querida Kitty:

He debido de aburrirte mucho con mi larga y fatigosa descripción de nuestra nueva residencia, pero considero muy importante que sepas en qué rama me he posado.

Voy a continuar mi relato, pues no he terminado todavía. Cuando llegamos a la casa sobre el Prinsengracht, Miep nos hizo subir al anexo y cerró la puerta en cuanto entramos. Estábamos solos. Margot, que había ido en bicicleta, nos esperaba ya. En la espaciosa habitación que íbamos a ocupar, así como en las demás, reinaba un desorden inimaginable. Las cajas transportadas durante los meses precedentes estaban esparcidas por el suelo, encima de las camas, por todas partes. En la habitación destinada a Margot y a mí, la ropa blanca y las colchas se apilaban hasta el techo. Si queríamos dormir aquella noche en la cama teníamos que remangarnos y poner manos a la obra sin perder tiempo. Mi madre y Margot, extenuadas, se dejaron

caer sobre los colchones. Mi padre y yo, los únicos ordenados de la familia, opinábamos que debíamos entregarnos a la tarea sin tardanza.

Pasamos el día desembalando cajas, guardando la ropa en los armarios, poniendo orden en el caos que reinaba, para poder, por fin, dejarnos caer muertos de cansancio en las camas recién hechas. Mi madre y Margot porque estaban extenuadas y nerviosas, y mi padre y yo porque teníamos mucho trabajo, no probamos bocado en todo el día.

El martes por la mañana reanudamos el trabajo que había quedado por hacer. Elli y Miep, que se ocupan de nuestro aprovisionamiento, fueron a buscar nuestras raciones. Mi padre se dedicó a camuflar las luces; fregamos y lavamos el suelo de la cocina, total que no nos dimos punto de reposo en todo el día. Hasta el miércoles no encontré un minuto para pensar, en medio del ajetreo, que de la noche a la mañana mi vida había cambiado por completo. Por fin lo he encontrado también para contarte todo esto y para darme cuenta de lo que me ha sucedido y de lo que aún puede suceder.

Tuya,
ANNE

Sábado, 11 de julio de 1942

Querida Kitty:

Ni mi padre ni mi madre ni Margot pueden acostumbrarse al campanario de la Westertoren, que toca cada cuarto de hora. En cambio, yo me he habituado enseguida y lo encuentro maravilloso, sobre todo por la noche, porque su sonido familiar da confianza. Quizá te interese saber si me